

MUERTE

CARACOL

Por AVE AURA

Sexta entrega de siete

REAPARECE EL ASESINO DEL CARACOL

por Adriana Enríquez

Hace dos décadas, varios asesinatos cometidos contra mujeres fueron atribuidos al llamado "Asesino del caracol".

Entre marzo y mayo de 1980, fueron encontrados los cadáveres de cuatro mujeres en diferentes lugares, desde un terreno baldío hasta las vías del ferrocarril. Pero lo que unía todos los casos, además de la saña con que eran asesinadas, era que siempre en alguno de los orificios corporales fue hallado un caracol de tierra.

La primera víctima, Olga Sánchez, era una estudiante de 17 años que les contó a sus amigas sobre un hombre que la cortejaba. Dijo haberlo conocido fuera de la escuela y que estaba encantada con su galantería. Una de sus amigas aseguró que el hombre le había hecho regalos costosos a Olga. La noche en que la víctima aceptó salir con él en su primera cita formal fue la última que se le vio viva. Su cuerpo cercenado por la mitad fue hallado en un terreno baldío. La boca fue el lugar que el asesino eligió para colocar el molusco.

Mercedes Ojeda era una joven ama de casa que desapareció una mañana en que supuestamente había ido a ver a su mamá. La señora afirmó que no tenía conocimiento de que su hija fuera a visitarla ese día. Nadie supo cómo Mercedes Ojeda conoció al asesino o cuál fue su relación con él. El cuerpo fue hallado, sin la cabeza y junto a las vías del tren, en el área de San Miguel El Grande, al sur de la ciudad. La identificación se hizo por medio de una cicatriz que tenía la víctima en la pierna derecha y fue posteriormente confirmada con sus huellas dactilares. La cabeza nunca fue hallada. El caracol estaba en la vagina.

Sólo dos días después, a unos cien metros del lugar donde fue descubierto el cuerpo de la señora Ojeda, se encontró un tercer cadáver descuartizado dentro de una maleta. Era Ana Laura Lara. Según los médicos forenses que analizaron el caso, la joven había muerto hacía ya varias semanas, pero al encontrar cristales en su sangre supieron que el cuerpo fue conservado en congelación. La autopsia determinó que Ana Laura Lara había sido en realidad la primera mujer asesinada por este criminal, pues la fecha de muerte probable coincidía con el reporte de desaparición de la señorita Lara en febrero de ese año. La mujer trabajaba como dependiente de una farmacia. Una noche, tras salir de su trabajo, no llegó a su casa. Su padre informó que desde unos días antes la joven había estado recibiendo llamadas de un hombre, pero que él no sabía quién era ni dónde ella lo había conocido. El canal auditivo derecho fue el orificio elegido esta vez por el asesino para colocar el caracol. El molusco estaba fresco, por lo que se infirió que el asesino lo puso justo antes de abandonar el cadáver, horas antes de que fuera localizado por los vecinos del lugar.

Un mes más tarde, en la parte trasera de un restaurante cercano a la séptima delegación, se encontró el cuerpo sin vida de Alma Ramírez, una vedette que había trabajado la noche anterior en el teatro Hawaii. Salió en la madrugada rumbo a su casa, pero la portera de su edificio dijo que nunca la vio llegar. En esa ocasión el cuerpo fue hallado sin brazos y con restos de un caracol en el intestino grueso. Aparentemente se usó un palo para introducir el molusco por el recto. Se cree que el asesino abandonó el cadáver cerca de la delegación como una afrenta declarada a las autoridades policiales.

Fue la última vez que se supo en esa época del "Asesino del caracol". A pesar de las pesquisas de la policía y de las múltiples pistas que se siguieron, nunca se encontró al responsable de los crímenes. Se especuló que se estaba protegiendo al hijo demente de un influyente político o que el asesino había fallecido en una riña,

pues por esos días fue encontrado el cuerpo de un hombre ultimado con arma blanca que nunca fue identificado, lo que aprovecharon las autoridades para informar que el asesino había muerto y darle carpetazo al asunto.

Sin embargo, veinte años después "El asesino del caracol" parece haber regresado. En menos de un mes, dos mujeres han sido asesinadas en esta ciudad y sus cuerpos hallados en sus propias viviendas con múltiples cortes. La causa de la muerte de una de las jóvenes fue la asfixia. La otra fue degollada. Los nombres de las víctimas son Rosalía Castro y Elizabeth Vázquez, alias Bety.

Para no entorpecer la investigación, hemos convenido con las autoridades en no dar más detalles de los casos por el momento. Sin embargo, no podemos dejar de señalar que en el primer caso, ocurrido en el Barrio Chino, se encontró un caracol dentro de una de las fosas nasales del cadáver, la izquierda. Y que en casa de la señorita Vázquez se halló un frasco de vidrio que contenía un molusco de dicha especie.

Cabe mencionar que la fecha en que fue hallada la última víctima del "Asesino del caracol" de los años ochenta fue el 16 de mayo, exactamente veinte años antes de que fuera asesinada la señorita Castro. ¿Será ésta una forma de celebración siniestra? ¿Volvió "El asesino del caracol"? ¿Algún imitador está siguiendo sus pasos? La sociedad quiere respuestas, tenemos veinte años esperándolas, pero sobretodo ya no queremos más mujeres asesinadas. Urgimos a las autoridades a resolver esta serie de muertes, antes de que aparezca otra víctima.

Carlos Sobera cierra el libro y se pregunta si Esteban será el mismo asesino de veinte años atrás. Le interesa saberlo. También piensa en que esta mujer, la reportera Adriana Enríquez, tan pagada de sí y algo prepotente, le recuerda a Inés, su primera novia.

Inés tenía quince años cuando se le acercó durante un recreo en la secundaria para pedirle fuego. Ella iba en tercero; él, en segundo. Las acentuadas ojeras de la chica hacían resaltar el color miel de sus ojos. Tenía el cabello grasoso, olía a incienso y traía un cigarro entre los labios. Él negó con la cabeza y ella se dio la vuelta para seguir con su búsqueda.

Carlos Sobera la observó ir de persona en persona hasta que una joven de cabello rizado se agachó para sacar un encendedor que tenía escondido entre su pierna y la calceta azul escolar. Después, ella encendió el cigarro de la muchacha de las ojeras penetrantes. Las volutas de humo se elevaron por encima de sus cabezas, mientras ellas platicaban y reían. A ratos la chica de ojos miel convidaba fumadas a la otra. A Carlos Sobera le preocupó que fueran a reprenderlas, pero ellas aspiraban el humo desafiantes, como deseando ser descubiertas. El prefecto nunca se acercó por ahí y la muchacha acabó aplastando la colilla bajo su zapato.

Cuando sonó el timbre, los alumnos se dirigieron hacia los salones, pero Carlos Sobera esperó en el patio y, cuando se supo sin testigos, fue hasta la colilla, la recogió y guardó en la bolsa trasera de su pantalón. Se sintió excitado.

Durante varios días Carlos Sobera dedicó sus descansos a seguir con la vista todos los movimientos de la joven de ojeras insondables hasta que una tarde la vio dirigirse con decisión hacia él:

—¿Qué tanto me ves? —le reclamó ella.

—¿Yo? No, nada.

—¿Te gusto?

—No, ¿cómo crees?

—Pues tú a mí sí.

Y desde ese día pasaron los recreos juntos. Ella le enseñó a fumar y la emoción de grafitear la puerta de la dirección en plena junta de maestros. Lo dejaba tocarle las nalgas por debajo del calzón, pero jamás rozarle siquiera los senos o besarla en la boca.

Él le confesó lo de la colilla que aún tenía guardada y ella que le gustaba masturbarse con la esquina del escritorio del maestro de matemáticas. Él le dijo que le excitaba la violencia y ella que dejaba la puerta del baño abierta a propósito porque sabía que a su hermano mayor le gustaba espiarla. Él le platicó sobre las muertes que había imaginado para su tía Leonor y ella sobre sus planes de suicidarse.

—¿Por qué? —le dijo él.

—¿Por qué no? —le contestó ella.

—No te atreverías.

—¿Y no te parece ése un motivo suficiente para suicidarse?

—¿Cuál?

—Saberse incapaz de hacerlo.

Aunque él se lo preguntó de mil maneras, Inés no le dijo jamás los verdaderos motivos de su dolor, pero Carlos Sobera siempre supo que ella guardaba algún secreto que trataba de ocultar gritando

todos sus otros secretos.

El último día de clases, para festejar, ella lo invitó a su casa, le dijo que iban a estar solos y ya ahí le permitió que la besara. Su boca tenía cierto gusto a metal. Cuando estuvo excitada se bajó el calzón y le pidió a Carlos Sobera que le lamiera el clítoris. En cuanto él puso su lengua en el lugar, sintió ganas de vomitar. El sabor a cobre era intenso. Prefirió meterle el dedo humedecido hasta que sintió las contracciones del orgasmo de Inés.

A pesar de todas las promesas que se hicieron, dejaron de verse. Durante el año en que él aún estuvo en esa escuela, a veces pensaba que al salir ella lo estaría esperando para reclamarle su ausencia, pero eso nunca ocurrió.

Carlos Sobera no deseaba verla, no sabía por qué, tal vez porque ni ella misma se soportaba. Ahora, varios años después, al leer *El asesino del caracol*, pensaba en ella, en todas las Ineses que transitaban por la vida sin querer seguir aquí.

En cambio hacía poco había conocido a una mujer que le parecía el resumen perfecto del deseo.

Una mañana, Carlos Sobera estaba en el engorroso trabajo de actualizar una base de datos y las lágrimas producidas por sus constantes bostezos le estaban dificultando observar con claridad las series de números verdes en la pantalla de la computadora.

Decidió dar un paseo para despejarse. Claro que iría por la sala de urgencias, sabía que un pinchazo de adrenalina era lo que le hacía falta. Se asomó por la puerta y vio que en la sala de espera sólo había una mujer de veinte años a lo más, sentada en una de las sillas de plástico azul. Ella usaba un vestido corto, sin mangas, y sandalias. Traía unas gafas oscuras. Su cabello era largo, negro. La parte derecha de su labio estaba inflamada y la piel de la mejilla

purpúrea. El lugar estaba en silencio, excepto por el zumbido de una lámpara de neón que parpadeaba. La luz verdosa le daba un tono cadavérico a la mujer.

Cuando se sintió observada, se quitó los lentes con coquetería para dejar al descubierto que uno de sus ojos estaba completamente cerrado por la hinchazón, era evidente que había sufrido un fuerte golpe en la cara. Con el otro ojo, de pestañas largas y con ligera sombra verde en el párpado, observaba fijamente a Carlos Sobera. La joven sacó la lengua para humedecerse los labios, recorrió suave toda su boca y detuvo la lengua para saborear una herida aún sangrante en la comisura. Él no estaba seguro de si la mujer lo estaba seduciendo, pero la miraba con atención, tratando de entender qué pretendía ella, hasta que la joven deslizó su falda con ambas manos hacia arriba para descubrir sus muslos firmes, pero plenos de moretones. Carlos Sobera se estremeció. Dio media vuelta y salió de ahí, pero alcanzó a escuchar las carcajadas de la mujer.

Toda la tarde se reprochó su cobardía, pensaba en cómo había sido capaz de desaprovechar esa oportunidad. Nunca más volvió a verla, pero ahora cree que tal vez fue lo mejor, pues desde entonces le ha dedicado la mayor parte de sus sueños húmedos. Y las fantasías siempre, está más que seguro, son mejores de lo que pudo haber sido cualquier realidad.

El Jefe Martínez entró hoy por la tarde en su cubículo con un vaso de cartón rebosante de café en una mano, la edición de ayer con los errores resaltados con crayón rojo en la otra, su portafolios bajo el brazo y el celular entre hombro y oreja. El líquido caliente formaba olas peligrosas al ritmo de las instrucciones que a gritos el Jefe Martínez le daba a Páez para que recuperara la información sobre un choque en la

autopista Ciudad Federal-Primavera con dos muertos, que la güevona de Enríquez no había cubierto. Era responsabilidad de todos los reporteros mandar sus adelantos a más tardar a las dos de la tarde. En ese momento eran diez para las cuatro y nadie sabía nada de la señorita. El celular apagado, en su casa no respondían.

Agghhh, gritó el Jefe Martínez, cuando le cayó un chorro de café caliente en el dorso de la mano. No era la primera vez que ocurría, esa tipa se apasionaba con un tema y mandaba a la verga todo lo demás. Ahora andaba tan clavada con el supuesto "Asesino del caracol", con sus sueños de reportera investigadora, que seguro ya hasta se imaginaba recibiendo el premio Rodolfo Walsh y hoy, por lo pronto, no le había interesado siquiera pedir su orden de trabajo.

A la mierda. Lo que no se imaginaba la muy idiota es que también hoy se había quedado sin lugar para publicar sus mamadas, porque hasta aquí había llegado. En cuanto pisara la redacción, él mismo le iba a informar que ya la esperaba su liquidación en la oficina de Personal. Aún no había nacido la vieja que pudiera verle la cara de imbécil al Jefe Martínez.

Cuando supo que la reportera Adriana Enríquez estaba ilocalizable, se alegró, era lo único que necesitaba para justificar el despido. Sabía que tendría el apoyo del director general, él tampoco quería ya en la nómina viejas con ganas de empanzonarse para pedir una incapacidad tras otra. Lo que se necesitaba eran machines dispuestos a partirse la madre por una nota, no señoritas temerosas de arruinarse la manicura.

El Jefe Martínez revisó la diagramación del día y marcó un número interno para informarle al área de Desplegados que estaban pendejos si creían que se iban a ir con tanta publicidad. Él tenía mucha información y le estaban dejando apenas espacio para escribir los encabezados. Además necesitaba publicar una nota aclaratoria,

pues otro imbécil reportero había copiado mal las estadísticas y hoy en la mañana el vocero del Ministerio de Transportes lo había despertado para mentarle la madre, no al reportero que se equivocó, sino a él, el Jefe Martínez, por supuesto.

Ni hablar, mujer, traes puñal, le dijo a la güerita de Desplegados, pues ella le informó que los anuncios iban porque iban, pues ya estaban pagados y en plan francés.

Entonces, el Jefe Martínez se secó el sudor con la manga y estaba por emprender la carnicería de notas, cuando se dio cuenta de que había un sobre morado sobre su escritorio. Estaba dirigido a Gustavo Martínez, editor general de Metrópolis. Volteó el sobre para ver de quién provenía y se sorprendió al averiguar que era nada más y nada menos que de la señorita Adriana Enríquez. Hasta risa le dio pensar que tal vez era una carta de renuncia. Aunque le extrañó la caligrafía, no eran las letras redondas, infantiles, con las que ella escribía; éstas eran menudas, apretadas, con una dramática inclinación hacia la izquierda.

Rasgó el sobre y vio que quien escribió esa carta había acomodado los caracteres en forma de espiral. Leyó la primera frase, el texto iniciaba en el ojo del huracán.

El Jefe Martínez se echó hacia atrás, el respaldo hidráulico de la silla recibió todo su peso. Después de todo lo que había visto con quince años en el negocio, era un hombre difícil de impresionar, pero ahora le temblaba la mano al sostener ese papel con unas cuantas líneas que aún no conocía del todo, pero desde ese "¿Se te perdió algo?" inicial, el Jefe Martínez empezó a temerle al contenido denso que estaba por descubrir.

Leyó tres veces el mensaje y, aunque seguía sin entender del todo frases como "Soy el que soy porque el otro grita dentro de mí" o "Podrán acabar conmigo, pero siempre habrá alguien más",

Carlos Sobera interrumpe su lectura. Va por un marcador, subraya en verde la frase: "Podrán acabar conmigo, pero siempre habrá alguien más" y sigue:

el Jefe Martínez sí había comprendido dos cosas. Uno, que esa carta había sido escrita por un desquiciado y, dos, que ese desquiciado decía haber asesinado a Adriana Enríquez y escrito el recado con la sangre de la reportera.

El Jefe Martínez buscó en el sistema la nota de Enríquez publicada ayer sobre "El asesino del caracol" e hizo un recuento: boca, vagina, canal auditivo derecho, ano, fosa nasal izquierda. Se imaginó a Enríquez con un caracol saliendo de su orificio nasal derecho. Pero faltaba también el oído izquierdo. ¿Tendría planeado ese hombre eliminar a alguien más?

Pero ésa no era la única pregunta que se hacía el Jefe Martínez. ¿Por qué el asesino había mandado esa carta? ¿Qué esperaba de él? ¿Debía entregar ese mensaje a la policía de inmediato o publicarlo antes?

El Jefe Martínez tenía información privilegiada. Esa carta, en exclusiva, junto con el asesinato de la reportera que estaba investigando el caso, elevarían las ventas hasta el cielo. Pero ¿y si Enríquez seguía con vida? No debía creer en todo lo que ese desquiciado decía. ¿Si entregar ahora la carta significara salvarla?

Un simple análisis diría si la sangre-tinta era realmente de ella, pero para eso se necesitaría tiempo y la correspondencia del ADN no significaría necesariamente que ella había sido ya asesinada, aunque sí que estaba en manos del asesino y eso era poco menos que la muerte. Era necesario encontrarla, viva o muerta, y sólo la policía tendría la capacidad de lograr algo así. Pero ya se imaginaba las órdenes tajantes de no publicar la carta. No iban a darle al asesino lo que esperaba y menos informar a la opinión pública con lujo de

detalles del asunto. Vendría una ola de terror con la inevitable presión por resolver el caso. Sabía que la policía preferiría trabajar con sigilo, sin los reflectores sobre ellos.

¿A quién engañaba? La reportera ya estaba muerta y él tenía la noticia de su vida entre las manos, además ¿no era el derecho a la información su prioridad?

¿Qué hubiera hecho Enríquez en su lugar? Al tratar de responderse, cayó en la cuenta de que tal vez él mismo o su familia estarían en peligro.

Bah, el miedo no iba con su profesión, concluyó el Jefe Martínez y tomó una decisión. Primero, a gritos, llamó a Páez para que viniera de inmediato, pues tenía una asignación especial para él, y después levantó la bocina del teléfono para decirle a la güerita de Desplegados que se jodiera junto con su plan francés porque con la historia que tenía entre las manos, no había forma de que hoy los anuncios se fueran a plana completa.